



CUATRO CUENTOS
DE TERROR
Y UN RELATO
ABOMINABLE

M. J. ZAMORA



GRAN
ANGULAR

Cuatro cuentos de terror y un relato abominable

M. J. ZAMORA





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en
www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

Primera edición: mayo de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Eduardo Nacarino

© del texto: Manuel Jesús Zamora, 2018
© Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-457-1
Depósito legal: M-4250-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

1. <i>La cena</i>	7
2. <i>El método Dreamscape</i>	25
3. <i>Carne Pútrida</i>	43
4. <i>El chupasangre, el libro y los cazavampiros amateurs</i>	77
5. <i>Tiembra, Nessie</i>	117

1

LA CENA

La luz de los focos fue disminuyendo de forma gradual hasta quedar en una calculada semipenumbra. El realizador recibió la señal por el auricular y bajó el brazo; inmediatamente después, el regidor alzó el cartel reflectante y la grada rompió a batir palmas con efusividad. Por último, la sintonía de *La Noche Misteriosa*, el exitoso programa de la QCTV –siglas del canal Qué Curioso Televisión–, comenzó a sonar.

La cámara instalada en la grúa hizo un barrido por el animado graderío. Luego enfocó el escenario, un lúgubre plató recargado hasta el exceso por atrezo con referencias cinematográficas del género de terror y de ciencia ficción, y cuando llegó a la amplia mesa de diseño de fantasía, se detuvo en la persona que la presidía: un tipo de mediana edad, enlutado, con el pelo engominado hacia atrás, una pálida tez de rasgos marcados y grandes ojeras que se hacía llamar Gorka Roswell.

–Al finalizar el magnífico documental estadounidense *Misión: Invadir la Tierra*, aquí estaremos, en vivo y en directo, con todos ustedes..., insaciables entusiastas de lo oculto... –dijo el presentador del programa con suma lentitud y una voz cavernosa. Después hizo una dramática pausa sin dejar de mirar fijamente a una de las tres cámaras de pie del plató: la que tenía frente a él y usaban para sacarle primeros planos–. Y a continuación, esta madrugada, en *La Noche Misteriosa*, la gran pregunta: «¿Existen los extraterrestres?».

Un sonido que imitaba al de un trueno fue lanzado desde una mesa de mezclas de audio por un miembro del equipo de técnicos. Gorka Roswell se llevó la mano a la barbilla frunciendo su ceño perfectamente depilado, se frotó la estrecha y negrísima porción de barba de debajo de su labio inferior y, tras unos segundos de supuesta reflexión en los que solo se oía el turbador hilo musical, prosiguió:

–Para que nos la resuelvan –aceleró un tanto el ritmo–, contaremos con dos prestigiosos expertos de dilatada carrera profesional y numerosos éxitos en sus respectivas áreas de trabajo; dos colaboradores de excepción que, con total libertad, defenderán sus opuestos puntos de vista. A mi derecha, todo un clásico de nuestro programa. Periodista, investigador, escritor y director de la emblemática revista *¡Están Aquí!*: ¡Vicente Vázquez!

Una segunda cámara de pie enfocó un instante hacia un señor encorbatado de unos setenta años y poderoso mostacho cano. El público, sin necesidad de ser alentado por el responsable del cartel, se arrancó en un cerrado aplauso con vítores incluidos.

–Y a mi izquierda, otro viejo conocido de todos ustedes. Doctor en Astrofísica, miembro del Instituto Astrofísico Nacional y divulgador científico: ¡José Manuel Martínez!

La cámara enfocó en esta ocasión a un hombre de más o menos la misma edad que Gorka Roswell que lucía ropa deportiva, grandes gafas de pasta y semblante serio. La respuesta de los espectadores fue mucho más contenida que la anterior; hasta se oyeron dos o tres abucheos.

–¿Se lo van a perder? –Entonces, apuntó al objetivo con un dedo y, con un teatral tono de voz, añadió–: Yo no lo haría.

El regidor pidió aplausos, la emisión cesó y la luz volvió al plató.

–Menos mal... –dijo Roberto Serrano, un hombre grueso de unos cuarenta años y abundante pelo oscuro.

–¿Menos mal por qué? –le contestó su compañero de la izquierda, Jaime García. Era algo mayor que Roberto y estaba prácticamente calvo–. ¿Te refieres a que han encendido las luces? –continuó mientras se restregaba los ojos.

Ambos compartían un rostro demacrado y un afeitado sin apurar, además del dibujo impreso de sus camisetas: la cara de un siniestro alienígena gris con grandes y negros ojos almendrados. Lo de su mal aspecto era consecuencia de demasiadas horas sin dormir y de un largo trayecto por carretera sin apenas paradas; lo del alienígena se debía a que eran miembros fundadores del CIAUFO: Club Ibérico de Amantes de la Ufología.

–No, menos mal que se fue ese... –Roberto señaló con un movimiento de cabeza hacia un joven alto y delgado, con gorra y amplia

ropa deportiva, que acababa de bajar a toda velocidad por una de las escalinatas de la grada. La mayoría del público seguía sentado.

–¿Quién?, ¿el que va corriendo? ¿Qué ha pasado?

–No paraba de mover la pierna y de darme con ella; ya me tenía nervioso.

–Mira: otro que parece que también tiene prisa.

Jaime señaló con la cabeza la mesa de debate en el momento en que José Manuel Martínez la abandonaba y cruzaba apresuradamente el plató hasta perderse por la salida principal, justo la misma que había tomado el muchacho de la gorra.

–Qué mal me cae ese tal Martínez.

–Y a mí. Es un auténtico imbécil –opinó Roberto.

–Y un ignorante, por muy doctor que sea. ¿Cómo se le ocurrió decir la semana pasada que no hay pruebas reales sobre la existencia extraterrestre? ¿Se cree que somos tontos?

–Yo tampoco lo entiendo...

Aprovechando que aún faltaban cuarenta y cinco minutos para el comienzo del programa, un buen número de personas se había comenzado a levantar de sus asientos: unos, para ir al servicio; otros, simplemente, para estirar las piernas.

–¿Qué hace ese? –preguntó Jaime, pendiente de lo que sucedía abajo, en la mesa de debate–. Nos han advertido claramente que no les molestásemos.

Efectivamente, una persona del público iba en ese momento hacia la mesa en la que todavía permanecían el presentador de *La Noche Misteriosa* y Vicente Vázquez. Y, tras aquel, fue otro; y, después de ese, otro más.

Pasados dos minutos, costaba ver la mesa por la aglomeración de fans que allí había, bien para pedirles un autógrafo, bien para hacerse una fotografía. Los ídolos televisivos respondían con la mejor de sus sonrisas y accedían amablemente a las peticiones.

–¡Qué cara más dura tiene la gente! –dijo Jaime indignado.

–Y que lo digas. Oye, voy a sacar un bocadillo y una lata. No me llamarán la atención, ¿verdad?

–¿Todavía tienes hambre? ¿Después de los tres que te has comido dentro?

–¡No tengo hambre! –exclamó Roberto molesto–. Si me quiero comer uno de los nuestros es para... quitarme este mal sabor que tengo en la boca; los que nos han dado aquí sabían a rayos.

–Pues para no gustarte... –se rio Jaime.

Después volvió a fijar la vista en el plató, donde los fans seguían rodeando la mesa, y frunció el ceño.

–¡Vamos! –exclamó. Luego se incorporó, con un ejemplar pasado de la revista *¡Están Aquí!* y un bolígrafo en las manos–. ¡Nosotros no vamos a ser menos!

Pero el otro no le respondió.

–¿Vienes o qué? ¿Qué haces? –le preguntó al ver que seguía sentado, encorvado, mirando entre los asientos–. ¡Deja el bocadillo para luego y aprovechemos antes de que vaya más gente aún!

–¡Mi bandolera!

–¿Qué?

–¡Mi bandolera no está! –dijo Roberto nervioso.

–Te la habrás dejado fuera, donde el *catering*.

–No, no... Me acuerdo de que la puse justo aquí, entre medias de... –Roberto se calló al ver el asiento vacío que tenía a su derecha.

–Pero... ¿¡Adónde vas!?! –exclamó Jaime cuando, de pronto y sin mediar palabra, vio salir a Roberto como una exhalación escaleras abajo. Dada su envergadura, le resultaba difícil esquivar a las personas del público con las que se iba topando–. ¿Qué...?

Jaime se miró el zapato al notar que algo se le había enganchado en la puntera; era una cinta de cuero gris que reconoció al momento. Se agachó para coger la bandolera de debajo del asiento (con cierta dificultad, pues la cinta estaba enredada en uno de los salientes metálicos), y de inmediato se incorporó para avisar a su compañero. Pero fue inútil: ya no estaba en el plató.

–¿Adónde habrá ido? –se dijo.

Los que seguían allí eran Gorka Roswell y el director de la revista *¡Están Aquí!* No lo pensó: dejó la bandolera encima de los asientos y bajó para que le firmasen su ejemplar.

Dar con él no debería ser complicado –los tipos altos y desgarbados con gorra no abundaban por allí–, pero le llevaba varios minutos de ventaja, y eso significaba que ya podía estar lejos: en otra planta o, incluso, fuera del edificio.

Una vez que hubo cruzado la puerta de la salida principal, avanzó rápido por un largo pasillo. Entonces creyó tener un golpe de suerte: a unos veinte metros había un par de miembros del per-

sonal de seguridad contratado por la QCTV junto a otras dos mujeres. Fue a toda prisa hacia ellos.

–... Mire usted, estábamos justo aquí cuando lo oímos... ¡Qué susto nos llevamos! –indicaba una de las señoras a los vigilantes, poniéndose la mano enfundada en un guante de goma sobre el pecho. Ambas formaban parte del equipo de limpieza y mantenimiento del canal de televisión–. Para mí que venía de los baños.

–¿Han visto pasar a alguien para allá?

–Sí, ha pasado... este señor tan serio que sale hablando con Gorka Roswell..., ¿cómo se llama?

–José Manuel Martínez... –apuntó la otra.

–Sí, eso. Y menuda cara que llevaba el pobre... Como si tuviera ganas de vomitar.

–Y también vimos un muchacho... –añadió su compañera.

–¡Ay, sí! Solo un momentito antes había pasado uno de esos raperos de ahora... –se acercó más a ellos y bajó la voz–. Tenía muy mala pinta... Y, además, iba corriendo... –dio el dato como si aquello fuera un delito–. No me extrañaría que le hubiera hecho algo malo a... ¿Cómo dijiste que se llamaba?

–José Manuel... –dijo la otra con los ojos entornados.

–¿¡Tenía una gorra roja!? –la interrumpió Roberto.

Todos se giraron hacia él.

–Disculpe, caballero, ¿qué desea? –inquirió el vigilante más joven.

–¡Me han robado! –y les volvió a preguntar–: ¿¡La tenía!?, ¿¡una gorra roja!?

Las mujeres se miraron entre sí, y después, con cautela, asintieron.

–¿Asiste usted como público? –preguntó el uniformado de más edad.

–¡Sí!

–Intente tranquilizarse...

Al rato, tras obtener algunas respuestas más, el hombre sacó un comunicador portátil de su funda y habló por él:

–El señor dice que quien le ha robado llevaba una gorra roja... Una bandolera... Como un bolso, sí...

–¡Ha sido nada más terminar el avance! ¡Llevo ahí el móvil, la documentación del coche, la...!

Con gestos, el guardia le pidió que se callase; luego, aún con el aparato en la oreja, le preguntó:

–¿Puede decirme cómo es? Su bandolera, digo.

–Así –Roberto abrió las manos dejando entre ellas un espacio de aproximadamente cuarenta y cinco centímetros–. Gris, de cuero...

–¿Le vio usted hacerlo?

–¿Verlo? Esto... No. Pero sí que le vi huir corriendo.

–Y también llevaba gorra roja el individuo que ustedes vieron correr por aquí, ¿no?

Las señoras asintieron con brío; tanto fue así que, al estar ambas entradas en carnes, sus papadas temblaron.

–¡Disculpen, caballeros, no se puede pasar hasta que los avise-mos! –indicó a voz en grito el vigilante más joven a un grupo del público que también venía del plató.

Como no se detenían, fue hacia ellos:

–¿¡No me han oído!?

–¡Disculpe usted, pero debo ir al baño! –se le encaró un anciano.

–Si no puede aguantar, vaya usted al de la cafetería: está abierta.

No les hizo demasiada gracia aquello, pero, sin hacer preguntas, todos los integrantes del grupo dieron media vuelta; la mayoría, mascullando.

Pasado un minuto, el otro vigilante guardó el comunicador:

–Si ese individuo sigue en los estudios, no podrá salir: nuestros compañeros hacen guardia en todos los accesos al exterior.

–¿Cómo sabré si lo han cogido?

–Quédese tranquilo y regrese al plató; nosotros le avisaremos de cualquier novedad. Y ustedes, señoras, sigan con sus labores sin pasar a aquella zona.

–¿No pasamos?

–No hasta que hayamos averiguado quién ha gritado y por qué.

Los dos miembros del personal de seguridad se fueron a paso ligero por el pasillo. Roberto, por su parte, se dirigía nuevamente al plató cuando, de pronto, se dio de bruces con el mismo grupo de gente de antes que, aprovechando la marcha de los vigilantes, habían vuelto a tomar el pasillo para ir al baño. Verlos provocó un cambio en él.

–¿Por qué tengo que regresar al plató? Mejor me quedo aquí –se dijo. Y es que le parecía que, permaneciendo en el pasillo, estaba más cerca de recuperar su bandolera; de alguna manera, entrar significaba resignarse a la pérdida.

Los minutos se fueron sucediendo, y las personas que hacía un momento habían pasado frente a él en dirección a los servicios empezaron a regresar:

–¿Cómo va a ser sangre? Sería pintura... –oyó que le decía una señora a su marido.

–Debe de ser cosa de la gente de la tele, una broma o algo –dijo un chico a otro.

–¡Qué asco! Parece que han matado a un guarro ahí dentro. Y menuda peste... –comentó el mismo señor mayor que había discutido con el vigilante.

–¿Qué habrá pasado? –preguntaba alguien desde un corrillo de cinco o seis personas.

–Ni idea, pero yo me he llenado los zapatos –le respondieron.

Roberto resopló. Con aquello del robo, una velada que tenía que haber sido especial se había empañado. Y eso después de más de un año de espera, pues debido a la demanda, resultaba muy difícil asistir al programa en plató. Y cuando por fin podía presenciar en vivo lo que para él era más que un acontecimiento televisivo –ver y oír al, según el criterio de los miembros del CIAUFO, más grande y valiente divulgador del tema ufológico en castellano, un auténtico líder de opinión, un maestro: su venerado Vicente Vázquez–, todo se había ido al garete...

–Es injusto –murmuró.

Al oír su propia voz en mitad del pasillo silencioso, Roberto se dio cuenta de que se había quedado solo. Entonces caviló: ¿y si ya lo habían pillado? Ese par parecía muy competente. Y habían dicho que los accesos estaban controlados... A lo mejor ahora lo tenían abajo, cacheándolo, no muy lejos de la entrada del edificio...

–Con esa pinta, seguro que lleva una navaja... –volvía a hablar solo–. Si voy para allá, evitaré a los vigilantes tener que subir para buscarme y ahorraré tiempo; y, para antes de que termine el programa, ya estaré sentado en las gradas y tendré la bandolera conmigo... Sí, voy abajo.

Roberto se puso en marcha. Solo se oía el sonido de sus pisadas. Y el pasillo, aunque bien iluminado –en el techo había una lámpara de tubos fluorescentes cada tres metros–, vacío y sin el bullicio de transeúntes, le resultó un tanto tenebroso.